

José Luis Cruz Otra mirada de la Facultad de Derecho

A mí siempre me ha gustado ser trabajador libre. Cuando deja de gustarme lo que hago, agarro mis cosas y ahí nos vemos. Aunque conozco bien los oficios de carpintero y tornero, prefiero lavar carros aquí, en el estacionamiento de profesores de la Facultad de Derecho, porque me siento libre. Llego a la hora que quiero y me voy cuando me da la gana. No tengo patrón y lo que gano me alcanza para ir pasándola. Yo fijo mi tarifa y ya mis clientes saben si la pagan o no. El servicio que doy es muy importante porque, a mi manera de ver, el abogado, por su trabajo, debe andar siempre presentable. El calzado sin lustrar y el coche sin lavar es algo que no va con el abogado; bueno, eso pienso yo.

Empecé a venir a Ciudad Universitaria desde muy chico. Como mi padrastro era velador en la Facultad de Medicina nos veníamos los fines de semana a jugar la "casarita" de fútbol y a ver a los muertos en el anfiteatro. Ya después tuve que ayudar a la economía familiar y me tocó andar vendiendo dulces y chicles por el *campus*. Luego comencé a bolear zapatos, y cuando era el clásico Poli-UNAM cuidaba los coches a cambio de alguna propina. Por ahí de 1971 trabajaba en un laboratorio, pero para sacar un dinero extra comencé a venir a lavar carros a la facultad. Entonces éramos dos o tres los que andábamos por aquí. Teníamos un problema con los de vigilancia UNAM, que nos molestaban mucho por no tener un permiso. Así que yo fui a ver al director Ojeste Martínez, le expliqué la situación y él nos ayudó a tramitar un permiso que hasta la fecha nos ampara.

Nunca he tenido problema con mis clientes, al contrario, he hecho buena amistad con varios de ellos. Una vez un hermano mío cayó preso y nos pedían pagar una multa muy alta para dejarlo salir. Vine a la facultad y hablé con el director del reclusorio donde estaba recluso, que daba clases aquí, para que nos echara la mano. Gracias a él le rebajaron la multa y pudimos sacarlo relativamente rápido.

La facultad de ahora es muy distinta a la que conocí en 1972. Para empezar el número de estudiantes y profesores ha crecido de manera increíble. Ahora ya no caben los automóviles en el estacionamiento de los profesores. Hay más mujeres profesoras que antes, y también más alumnas. Los profesores son en general más jóvenes. Pero el ambiente también ha cambiado. En los setenta había muchos porros que eran los encargados de organizar la perrada a los alumnos de nuevo ingreso, y también las pachangas. Ésas sí eran pachangas. Contrataban grupos musicales y traían unos pasteles enormes, y todo mundo a comer y a bailar. Pienso que los jóvenes de aquel entonces eran más reservados, en cambio los chavos de ahora yo los veo muy desahogados. Incluso una profesora, que luego platica conmigo, me ha dicho que ella de plano no puede entender a la juventud actual y que por esa razón piensa dejar de dar clases.

A mí me fue muy bien en la época del director Dávalos. Me dio permiso de vender libros de derecho, revistas y ob-



jetos de papelería en la explanada principal. Me iba tan bien que dejé la lavada de coches. Yo le conseguía a los estudiantes el libro que necesitaban y cobraba una comisión. Desgraciadamente, con la nueva administración me retiraron el permiso y el negocio se acabó. Pero no me amargo. Sigo aquí y me siento bien, me siento fuerte. Duermo bien, como bien y casi no bebo, ni fumo, así que yo creo que andaré todavía algún tiempo en este estacionamiento, a menos que me aburra y me dé por ir a buscar otra cosa que hacer. ☺